

CAPÍTULO VI

“MARÍA BAJO SECUESTRO”O LA LIBERACIÓN DE LA MARIOLOGÍA*

CUANDO FUI INVITADO A PARTICIPAR DE UN SIMPOSIO SOBRE MARÍA, EN LA CIUDAD DE LOJA (ECUADOR), VINIERON A MI MENTE DECENAS DE PENSAMIENTOS QUE ME GUSTARÍA COMPARTIR, COMO CUANDO A ALGUIEN HACE RATO NO LE DABAN LA PALABRA Y SE LA DAN, PARA DECIRLO TODO Y DESQUITARSE.

* Ponencia realizada en el Simposio de Mariología en la Universidad Técnica Particular de Loja, Ecuador, el 29 de noviembre de 2005. Fue publicada en la *Revista de la Facultad de Filosofía y Teología* 2, n° 2 (2007).

Cuando fui invitado a participar de un simposio sobre María, en la ciudad de Loja (Ecuador), vinieron a mi mente decenas de pensamientos que me gustaría compartir, como cuando a alguien hace rato no le daban la palabra y se la dan, para decirlo todo y desquitarse. Luego de tener claras las ideas y hacer un discernimiento de algunas de ellas, porque no era posible compartirlas todas, pensé en un título que retratara en definitiva lo que quería decir, y se me ocurrió el siguiente: María, “bajo secuestro”.

Imagínense un colombiano hablando de secuestro, un tema cotidiano en las noticias de todos los días en mi país, y, para colmo, hablando de María secuestrada. Pues bien, la expresión *secuestrada* fue usada, en el contexto teológico, por Karl Rahner, no para hablar de la Virgen María, sino para hablar del descuido en el que los cristianos tenemos la doctrina trinitaria. Bruno Forte y Antonio Staglianó hicieron también eco de esta afirmación rahneriana.

La constatación que hace K. Rahner sobre el aislamiento de la doctrina de la Trinidad en la piedad y en la teología escolar es la siguiente: “Los cristianos, a pesar de que hacen profesión de fe ortodoxa en la Trinidad, en la realización religiosa de su existencia, son casi exclusivamente *monoteístas*. Podemos, por lo tanto, aventurar la conjetura de que si tuviéramos que eliminar un día la doctrina de

la Trinidad por haber descubierto que era falsa, la mayor parte de la literatura religiosa quedaría casi inalterada”²¹⁵. También expresa su preocupación sobre el olvido de la Trinidad como algo “oprimente para el cristiano actual y para el predicador”²¹⁶. Considera que, aunque la doctrina de la Trinidad es ensalzada como dogma fundamental del cristianismo, en la vida concreta y en la predicación tiene una importancia exigua.

Rahner sustenta su posición en la constatación de que en algunos documentos oficiales del magisterio, como el catecismo holandés, la *Lumen gentium* y la *Unitatis redintegratio*, aparece la Trinidad mencionada, pero no como tema verdaderamente fundamental. Bruno Forte hace una recepción de la posición rahneriana y utiliza el término destierro para denominar el fenómeno contemporáneo de los cristianos, que “en su reflexión hablan de Él (Dios) refiriéndose a una vaga ‘persona’ divina, que identifican más o menos con el Jesús de los evangelios o con un ser celestial más o menos indefinido”²¹⁷.

Rahner, entonces, con el término “Trinidad secuestrada” quiso designar el olvido o silencio voluntario, por parte de los teólogos, del tema trinitario en la literatura teológica. Bruno Forte quiso apuntar a la distorsión de la imagen cristiana sobre Dios. Debo decir que, guardadas las proporciones, lo mismo que pasa con la doctrina trinitaria sucede con la figura de María en la vida cristiana. ¿En qué consiste dicho secuestro?

En diversas ocasiones, el papa Pablo VI reconocía que “cierta literatura devocional ha influido en una cierta falta de afecto hacia la Virgen y una cierta dificultad para comprender su misión eclesial”²¹⁸. A lo anterior habría que agregar que no solo en lo eclesial sino, y

²¹⁵ K. Rahner, “El Dios Trino como principio y fundamento trascendente de la historia de la salvación”, en *MySal II* (Madrid: Cristiandad, 1977), 271.

²¹⁶ K. Rahner, “Teología de la Trinidad”, en *SacM 6* (Barcelona: Herder, 1978), 750.

²¹⁷ B. Forte, *La Trinidad como historia* (Salamanca: Sígueme, 1988), 15.

²¹⁸ Citado en Mateo Pozo, *María, prototipo de una Iglesia misionera* (Lima: COMLA4, 1990), 8.

principalmente, en lo cristológico existe una distorsión de la figura de María en la espiritualidad cristiana.

Debo hacer una aclaración o, si se quiere, una precisión más. Si bien mi opción por este tema y por esta perspectiva tiene algo de académica, mi interés parte de una preocupación como sacerdote, después de once años de trabajo entre las comunidades pobres de mi diócesis. Es la vida cristiana en concreto la inspiración de esta reflexión, que luego se ha hecho ejercicio teológico, porque fuera de ser párroco, soy docente de una facultad de teología que está intentando elaborar una propuesta teológica llamada *teología crítica* y en *contexto*. Desde allí quiero dar luces que nos permitan recuperar una sana visión de María y su misión en la historia de la salvación.

¿Quién ha secuestrado a María? ¿Quiénes se la han apropiado indebidamente para sí y han escondido su verdadero rostro? Quienes se quedaron con una presentación superficial y no hacen el esfuerzo por descubrir la auténtica dimensión cristológica y bíblica como lugares marianos por excelencia. Quienes la secuestraron son, en definitiva, los que le han arrebatado su imagen evangélica y la han escondido entre las meras connotaciones devocionales y de imaginería popular.

En la ciudad donde vivo, Medellín, tenemos varios santuarios marianos: Nuestra Señora de Chiquinquirá, en una localidad llamada La Estrella, y el santuario de María Auxiliadora, en el municipio de Sabaneta. Esta última es la más visitada por locales y turistas. Sobre este santuario se hizo hace poco una película llamada *La virgen de los sicarios*, basada en una novela del escritor colombiano Fernando Vallejo. Tanto en el libro como en la película quedó reflejada una realidad difícil de esconder en nuestra ciudad: una religiosidad popular, cimentada en una visión de María milagrera, en medio de la cual basta con poseer una de sus estampitas, rezarle algo, ir a

su santuario y prender una candela, para luego recibir a cambio la protección necesaria contra las balas o contra la acción de las autoridades, después de cometer un delito.

Después de toda la crítica que suscitó la película, muchos se dieron a la tarea de analizar la situación para emprender una labor pastoral que respondiera al fenómeno mostrado por los realizadores del largometraje. Entre los correctivos estaba que no se podía desvalorar la importancia de los santuarios, las imágenes, las advocaciones y las apariciones verdaderas de María, pero que aquellas debían ser valoradas desde una pedagogía de la fe, la cual debía desembocar no tanto en la misión milagrera o en los privilegios y singularidades de María, sino en su lugar en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Esta pedagogía de la fe debía buscar que el creyente encontrara en María la mujer del evangelio, que ha sido dichosa por haber creído; una mujer que iluminó la historia con sus facetas de oscuridad, limitación y sufrimiento.

Cuando en alguna oportunidad fui invitado a dar mi parecer sobre el tema, en conversaciones académicas con algunos de mis colegas, expresaba que solo recuperando la visión histórica sobre María podríamos lograr hacer memoria —una memoria capaz de mediar entre la fe y experiencia vital— del acontecimiento *revelativo-fundante* y propio del cristianismo, con la posibilidad no de ruptura entre fe y experiencia contemporánea, sino de iluminar el modo de sentir la vida de los hombres que se encuentran en el mundo, en su propia época.

La memoria y su pertinencia en la teología es un tema que vengo desarrollando hace algunos años, y que también encuentro urgente en la mariología. Sobre todo porque el tema de la *memoria*, como categoría epistemológica para la construcción de un nuevo modelo eclesiológico, tiene que ver con la crisis de lo religioso en la

postmodernidad, y aquí hay un triángulo interesante para destrabar: la postmodernidad es un estado cultural sin memoria²¹⁹, con una fuerte crítica a la religión institucionalizada, pero con una gran búsqueda de lo místico.

De otra parte, lo mariológico quedó insertado en lo eclesiológico, a partir del Concilio Vaticano II, en el último capítulo de la *Lumen gentium*. Desde allí —desde lo mariológico— podríamos hacer una propuesta mística para el creyente postmoderno; ¿en qué consiste? Hagamos memoria desde el *magnificat* para hacer una mística cristiana.

El *magnificat* como ejercicio memorativo para una mística cristiana

En 1988, el entonces cardenal Joseph Ratzinger, como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, visitó Colombia para dictar un curso de actualización teológica para los señores obispos; el tema que desarrolló titulaba: “Tú eres la llena de gracia: Elementos para una devoción mariana bíblica”. El primer párrafo de su ponencia comienza diciendo: “Desde ahora todas las generaciones me llamarán ‘bienaventurada’. Estas palabras de la Madre de Jesús, que Lucas (1,48) nos ha transmitido, constituyen a la vez profecía y tarea para la Iglesia de todos los tiempos. Esta frase del *magnificat*, entresacada de la inspirada alabanza de María al Dios vivo, es uno de los fundamentos esenciales de la devoción cristiana a María”²²⁰.

Para el cardenal, la tarea redaccional del evangelista estuvo enfocada en recoger los elementos que él había hallado y consideraba suficientemente importantes para ser transmitidos como parte del

219 La falta de memoria tal vez sea una de las principales características de la postmodernidad, como lo sostiene el cardenal Paul Poupard: “La postmodernidad se ve a sí misma como experiencia de fin de la historia, o más bien, fin de la historicidad, disolución de la categoría de lo nuevo, antes que como un nuevo estadio, más o menos avanzado, de la historia misma. [...] El hombre postmoderno de la época de la televisión digital y satelital, la era de internet, pierde la noción de discursar en virtud de la simultaneidad, y con ella, la memoria de los acontecimientos”. En *La Iglesia ante los desafíos culturales de la postmodernidad* (Madrid: Fundación Universitaria Española, 2001), 17. El cardenal hace eco de Gianni Vattimo, *El fin de la modernidad* (Barcelona: Gedisa, 1996), 12.

220 J. Ratzinger, *Tú eres la llena de gracia: elementos para una devoción mariana bíblica; Curso de profundización teológica para los señores obispos* (Bogotá: Conferencia Episcopal de Colombia, 1988).

evangelio. Lo anterior quiere decir que aquellas expresiones de María habían tenido un eco en la vida de la comunidad, por lo cual el magnificat resulta del esfuerzo de Lucas por mantener vivo el recuerdo de María.

Los exegetas constatan que la palabra *memoria* o *recuerdo* aparece raras veces en los escritos del NT, y que se encuentra preferentemente en contextos culturales y litúrgicos (Lc 22,19; 1 Cor 11,24.25; Heb 10,3), como parece ser el caso de este himno mariano. No obstante, en algunos textos griegos, como el pasaje de Marcos 14,9, cuando la mujer baña en perfume la cabeza de Jesús, y este dice que el gesto realizado por la mujer será recordado, el término griego *mnemosinon* aparece usado en el sentido de ‘memorial’²²¹; es decir que para Jesús este gesto de la mujer deberá ser testimoniado por futuras generaciones. Es en este mismo contexto donde debemos entender que la comunidad deba hacer memoria de María como la bienaventurada.

Para los padres de la Iglesia, el magnificat retrataba en María una imagen muy particular: *María profeta*. El nexo existente entre escucha, meditación y acogida que se da en María dice del carácter profético de su misión; ella es profeta en la medida en que escucha en el fondo del corazón y, por consiguiente, interioriza la Palabra para entregarla a su vez al mundo.

Alois Grillmeier ha hecho el siguiente comentario sobre estas reflexiones de los padres: “En la figura de María ‘profeta’, por ejemplo, no vemos traza alguna de la adivina pagana. María no es una pitonisa. Cuando se yuxtaponen la escena de la Anunciación y el encuentro en la casa de Zacarías, se nota un cambio del centro de gravedad de lo profético, que va de lo estático a la interioridad marcada por la intervención de la Gracia [...] Si a María le corresponde un puesto en

²²¹ Cf. F. Lacueva, *Nuevo Testamento interlineal Griego-Español* (Barcelona: Clie, 1984), 202.

la historia de la mística, es porque tiene esta conformación [...] este único significado, pues en ella todo tiende desde la periferia hacia lo esencial y lo interior”²²².

Esta cita nos pone en el camino de lo que quiero proponer a ustedes: hacer memoria de María, desde el magnificat, para una mística cristiana. Desde esta perspectiva descubrimos la nueva y específica comprensión cristiana de la realidad profética: vivir en la verdad. Igualmente descubrimos la verdadera grandeza y la profunda simplicidad de la mística cristiana, la cual no consiste en lo extraordinario, en los éxtasis y en las visiones, sino en el continuo intercambio de la criatura con el Creador.

Una mística de estas características es fácil de encontrar en el magnificat: “se alegra mi espíritu en Dios mi salvador. Porque ha mirado la humillación de su esclava [...]. Y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón; derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes. A los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos”.

Cualquier lector desprevenido podría concluir que este texto fue escrito por algún teólogo de la liberación marxista, o por algún guerrillero creyente; pero no, son palabras de María que “han brotado de la ternura, la limpieza y el gozo que caben en el corazón de María: ese corazón que había guardado la memoria y el gozo de Jesús, el cual bendecía al Padre por haber ocultado su reino a los aristócratas de la tierra y haberlos revelado a los humildes”²²³.

En este camino de mística y profecía, en el que nos pone el magnificat, Juan Bautista Metz considera que el punto de encuentro

²²² Grillmeier, citado por Ratzinger, *Tú eres la llena de gracia*, 14. Para un estudio más amplio de la mariología en la patristica, véase: D. Casagrande, dir., *Enchiridion marianum biblicum patristicum* (Roma: Cor Unum, 1975). J. A. De Aldama, *María en la patristica de los siglos I y II* (Madrid: Católica, 1970).

²²³ J. I. González Faus, *memoria de Jesús: memoria del pueblo; Reflexiones sobre la vida de la Iglesia* (Santander, Sal Terrae, 1984), 27.

entre las religiones es el de “una mística del dolor”²²⁴. Es necesario hacer *memoria passionis* de hombres y mujeres que, no solo en el cristianismo, sino también en el judaísmo y en el islam, son víctimas injustas de una cultura postmoderna globalizante, donde el hombre desaparece en los sistemas vacíos de la economía, la técnica y su industria de la información. Cristo sería para Metz el prototipo de este hombre, y hacer memoria de él nos ayuda a alimentar esta mística del dolor, que es una mística “de los ojos abiertos”, es decir, una mística que nos ayuda a mirar el dolor de los otros²²⁵.

Para E. Schillebeeckx, la Iglesia ganará en credibilidad cuando sea capaz de construir una comunidad humanamente digna; cuando ejerza una solidaridad crítica con el hombre, convencida de que Dios no quiere que el hombre sufra²²⁶. Para este teólogo dominico, es necesario buscar la construcción de una comunidad eclesial que sepa establecer el equilibrio entre experiencia mística y contemplativa; que apunte a una fe del corazón, a la conversión personal, a la interioridad; pero que no considere suficientes tales acciones, sino que vaya más allá, que experimente la fe como una fuerza que impulsa a transformar las estructuras que esclavizan a los hombres.

Hacer memoria en la comunidad y de la comunidad implica traer al recuerdo y actualizar, en el hoy de la comunidad, las palabras de Jesús referidas en Lc 22, 25: “Jesús les dijo: los reyes de las naciones las dominan, y los que ejercen el poder se hacen llamar bienhechores. Pero vosotros nada de eso”. Hacer memoria de Jesús en la comunidad es actualizar un modelo de comunidad donde no tiene cabida la relación esclavo-amo. Mt 20, 25-26, que es el paralelo del texto anterior, es explícito cuando muestra a Jesús al declarar: “Sabéis que

²²⁴ J. B. Metz, “Il cristianesimo nel pluralismo delle religioni e delle culture”, *StPat* 48, n° 2 (2001): 257.

²²⁵ *Ibid*, 266.

²²⁶ E. Schillebeeckx, *En torno al problema de Jesús* (Madrid: Cristiandad, 1983), 84

los jefes de las naciones las tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros”.

También el cardenal Walter Kasper transita por este camino del magnificat cuando considera que, para responder a una postmodernidad que quiere disolver las metanarraciones, es necesario afirmar un Dios que se hace historia en Jesucristo como centro y fin de toda realidad, y punto de convergencia de la entera historia de la humanidad.

Kasper sostiene que este modo de concebir cristianamente la historia no es exactamente un metarrelato, sino más bien una *memoria passionis* de la muerte y resurrección de Jesucristo. Solo una memoria de estas características puede ayudar al hombre postmoderno a entender la paradoja humana de la dignidad de toda persona y, a la vez, su historia de equivocaciones. La memoria de un Dios vencedor, pero también vencido, nos ayuda a entender la historia, no solo desde los vencedores, sino también desde los sufrientes que han sido vencidos. Nuestra historia —continúa Kasper— está tejida de grandeza y miseria, de modo que una Iglesia capaz de testimoniar esta paradoja será creíble y podrá responder a los retos que le vienen de la postmodernidad²²⁷.

También el papa Juan Pablo II, en su viaje a Colombia en 1986, hizo eco de esta mística, que no es escape de la realidad, sino mística impregnada de profetismo y cantada por María en el magnificat.

En el santuario de Nuestra Señora de Chiquinquirá, dijo el papa: “Bien lo sabéis vosotros, mis queridos campesinos, para quienes María es como la síntesis del evangelio [...]. Pero además, con una intuición profunda, sabéis que en ella se cifran también las esperanzas de los pobres, porque el canto de la Virgen es el anuncio profético del misterio de la salvación integral del hombre”. Y más adelante

²²⁷ Cf. W. Kasper, *Teologia e chiesa 2* (Brescia: Queriniana, 2001), 279-281.

continúa diciendo, a propósito del magnificat: “La devoción a la Virgen María, tan firmemente arraigada en vuestra genuina religiosidad, tan popular, no puede y no debe ser instrumentalizada por nadie; ni como freno a las exigencias de justicia y prosperidad que son propias de la dignidad de los hijos de Dios; ni como recurso para un proyecto meramente humano de liberación...”²²⁸.

Conclusión

Frente a los excesos piadosos e instrumentalizaciones inadecuadas de la imagen de María, para evitar todo malestar en torno a una imagen de María milagrera, a una devoción superficial y poco evangélica, que responde más a la necesidad de saciar sentimentalismos estériles, es necesario repensar la figura de María desde los datos evangélicos y los datos doctrinales, que lentamente han hecho explícita la palabra revelada a través de María.

Es necesario ir a la historia para evocarla, para hacer memoria de la llena de gracia, y que así María no quede sepultada por lo *mariano*. Hacer memoria de la *bienaventurada*, para traer al presente eclesial el valor de las bienaventuranzas; hacer memoria del Dios de quien María hace memoria, cantando las proezas que ese Dios ha obrado a favor de los humillados y desprotegidos, para sacar a María del secuestro o destierro en el que la han sumido quienes ven en ella una especie de semidiosa, y no la mujer que representa la receptividad más disponible a la palabra de Dios.

En la historia de María ella se siente agraciada de Dios, amada por él, invadida por él en el Espíritu. El sorprendente misterio de la vida de María no es más que su aceptación plena e incondicional del amor

228 Secretariado Permanente del Episcopado Colombiano. *Así nos habló: mensajes de S. S. Juan Pablo II a los colombianos* (Bogotá: Conferencia Episcopal de Colombia, 1986), 74-82.

de Dios; de allí que lo más bello de la existencia de María es su fe y, por lo tanto, su fidelidad al proyecto de Dios para ella. Todo esto hace de María la mística y profeta de la que hablan los padres de la Iglesia.

Esta mística mariana no nos exige renunciar a este mundo ni evadir el momento presente; por el contrario, esta mística “de los ojos abiertos”, expresada por María en el canto del magnificat, es una mística del amor y el compromiso por los pobres.

Termino con un trozo del discurso de Juan Pablo II en el santuario de Zapopan, en México, a propósito de esta visión más cristiana de María, como mujer mística y profeta para el hombre de hoy:

María nos permite superar las múltiples estructuras de pecado [...] y obtener la gracia de la verdadera liberación, con esa libertad con la que Cristo ha liberado a todo hombre. De aquí parte, como de su verdadera fuente, el compromiso auténtico por los demás hombres, nuestros hermanos, especialmente con los más pobres y necesitados, así como el compromiso por la necesaria transformación de la sociedad. [...] María es modelo fiel y cumplidor de la voluntad de Dios para quienes no aceptan pasivamente las circunstancias adversas de la vida personal y social, ni son víctimas de la alienación [...], sino que proclaman con ella que Dios es vindicador de los humildes y, si es el caso, depone del trono a los soberbios²²⁹.

229 Citado por Gonzáles Faus, *Memoria de Jesús*, 30-31.

